COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nº 190. ¿Cómo participan los fieles laicos en la misión profética de Cristo?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 190 del Compendio del Catecismo: **¿Cómo participan los fieles laicos en la misión profética de Cristo?**

Los laicos participan en la misión profética de Cristo cuando acogen cada vez mejor en la fe la palabra de Cristo, y la anuncian al mundo con el testimonio de la vida y de la palabra, mediante la evangelización y la catequesis. Este apostolado adquiere una eficacia particular porque se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo.

Hablamos de cómo participamos en la misión sacerdotal; lo explicamos en el punto anterior. En esta, la misión profética; en la próxima, la misión regia.

¿Cómo participamos, cómo colaboran los laicos? Porque, claro, quizás los sacerdotes esa misión que han recibido, no, de a predicar la palabra de Dios en las propias celebraciones eucarísticas ya escenifica de una manera muy clara la manera en la que tiene pues el sacerdote, el obispo, el diácono de ejercer el ministerio profético. Pero , y el laico de qué manera lo realiza?

Bueno, la verdad es que fijaros en una cita de Santo Tomás de Aquino. Dice:

"Enseñar a alguien para atraerlo a la fe es tarea de todo predicador e incluso de todo creyente".

Dice Santo Tomás de Aquino en un contexto medieval —que alguno pensaría pues que la promoción de los laicos ha sido una cosa pues eso, desde el último tiempo de la vida de la Iglesia— y no, él dice: es una tarea de todo creyente la de atraer hacia la fe. La verdad es que no hay nada más importante que podamos hacer en esta vida que poder ser instrumento de Dios para que alguien le conozca, para que alguien se acerque a la fe. No hay una tarea más valiosa, porque, fijaros, las tareas que realizamos valen, tienen el valor que tengan, en el momento en el que esta vida concluye, nos presentamos delante de Dios, y muchas cosas que hacemos pues a la hora de presentarnos delante de Dios valen muy poco. Y, sin embargo, la tarea de acercar un alma a Dios tiene unas consecuencias eternas.

Tal es así que la Carta de Santiago concluye de la siguiente manera —es el capítulo quinto porque es una carta breve—, el párrafo final de la Carta de Santiago, capítulo quinto, versículos 19 y 20, dice:

"Hermanos míos, si alguno de vosotros se desvía de la verdad y otro lo convierte, sepa que quien convierte a un pecador de su extravío se salvará de la muerte y sepultará un sinfín de pecados".

Un texto, tremendo. Un texto que nos dice: *"Mira, llevar a un hermano nuestro a la conversión salva tu propia vida de la muerte"*. No solamente salva de la muerte a ese al que tú has llevado al buen camino, sino que tu propia vida la salva de la muerte y dice: y te redime de muchos pecados.

Bueno, por eso fijaros qué importancia se le da a esa colaboración con Cristo en la tarea profética. Es muy importante el género testimonial. Si, es verdad que aquí se habla; por ejemplo, de la tarea de la catequesis. Colaborar con la Iglesia en la tarea catequética, ¡qué importante! En algunos lugares la figura del catequista en la vida de la Iglesia tiene, en este momento, yo diría que es un eje central; es una columna vertebral de la vida de la Iglesia.

Pero fijémonos que no solamente en el momento en el que estamos ejerciendo pues ese grupo de catequesis, o estámos llevando adelante un testimonio en un grupo de evangelización de la Iglesia, sino en toda circunstancia de nuestra vida estamos llamados a dar un testimonio. Y es obvio que el género testimonial tiene en este momento una gran fuerza. El mundo necesita más de testigos que de maestros. ¿Por qué? Pues porque las enseñanzas, a todo tirar, convencen; pero los ejemplos arrastran. Para poder ser testigos, para poder ser profeta de Cristo, hace falta testimoniar con la palabra y la vida. Que la propia vida sea para nosotros algo que nos cuestione. La vida de alguien que siga a Jesucristo, es decir, esa vida resulta atrayente. Atrayente con lo que significa: que atrae, que nos pone en camino, que nos arranca de nuestra mediocridad. El testimonio de los testigos nos arranca de la mediocridad.

Ahora, fijaros bien: este punto dice que hay que ser testigos, hay que ser profetas con la vida, pero **también con la palabra**. También con la palabra, no solo con la vida. Porque a veces se ha dicho, a veces se ha remarcado de una manera excesiva, unilateral, que lo importante no son las palabras, sino que es el testimonio de vida. Y claro, el testimonio de vida es muy importante; una palabra sin testimonio de vida es una palabra hueca. Pero pensar que el testimonio solo y por sí mismo ya supone toda la evangelización es un error; porque el Señor también quiere que ese testimonio sea explicitado por la palabra. Habrá ocasiones en las que tal cosa no sea posible en lugares en los que no hay libertad religiosa para poder predicar explícitamente, pero el testimonio, de ordinario, tiene que estar acompañado con la palabra. Porque la palabra está también revelando el sentido del testimonio. Y Dios se hizo palabra, se hizo carne y se reveló a través de la palabra a todos y cada uno de nosotros. Sin duda esta es la forma profética de que los laicos lleven adelante su misión profética.

También los laicos —lo dice el Código de Derecho Canónico, este libro que es un poco la ley de la Iglesia—, dice en su punto 212, punto 3, que también los laicos tienen el derecho y el deber de decir a sus pastores y manifestar aquello en lo que, a su juicio, debe de ser corregido en el seno de la Iglesia. O sea, no deben de callarse aquello que en conciencia creen que debe de ser manifestado para que sea corregido, o para que sea sencillamente apoyado. La palabra profética de los laicos también debe de escucharse en el seno de la Iglesia hecha con confianza, hecha con todo el respeto y el reconocimiento de la autoridad de los pastores, pero con libertad profética.

Por eso, que el Señor nos conceda la gracia de desarrollar esa vocación profética en todos los laicos.